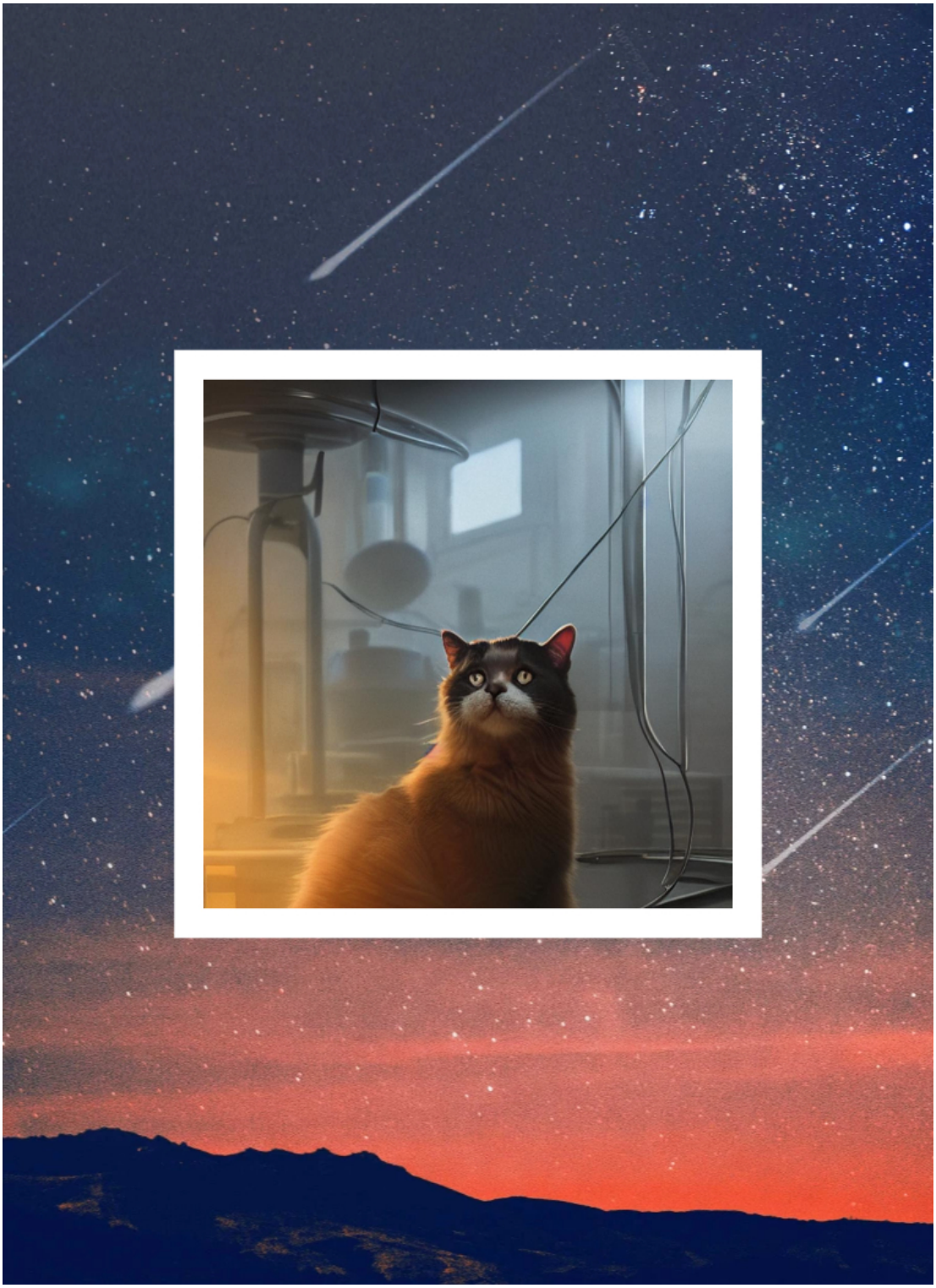
Los gatos y la máquina del tiempo

Brandon Venturino



Capítulo 1

Aquel gato viejo apareció un día en su casa, de forma tan improvisada y sin anunciar como llega la primera brisa de primavera.

El doctor Lorenzo Rologio lo miró extrañado, como si se tratara de una criatura fuera de este mundo. Acostumbrado como estaba a deambular por la casa mientras su mente carburaba con las últimas ideas de la ciencia, se lo topó de pronto y trastabilló con su cuerpo macizo. El gato, en cambio, se reacomodó en su lugar y lo miró a los ojos, inmutable.

¡Un gato!, pensó. *Y no uno muy agraciado, para colmo*.

No traía collar con identificación. Lorenzo no conocía a sus vecinos, así que no sabía si el gato podía ser de alguno de ellos. Pero casi con toda seguridad lo era. Descubrió que se había olvidado una ventana abierta en la cocina, vía de entrada segura de aquella alimaña.

Tomó al gato por el pellejo y lo tiró al patio, sin preocuparse por dónde iba a parar. Con algo de suerte, se dijo, volvería a encontrar a su dueño. En caso contrario, lo mismo le daba a él. Se aseguró de cerrar la ventana para evitar nuevas intrusiones.

No pasó mucho tiempo hasta que volvió a sumergirse en sus reflexiones. La física de partículas es una materia compleja, más todavía en la rama que él investigaba y de la cual impartía clases en una reconocida universidad.

Por la noche, ya en la cama y con la cabeza todavía dándole vueltas a la naturaleza paradójica del positrón, se sumió en un sueño profundo. Sus sueños estuvieron gobernados por abstracciones, y en ellas no había cabida para ninguna presencia en forma de gato blanco y negro, rechoncho y entrado en años.

Por eso fue que, cuando se levantó temprano en la mañana siguiente, volvió a sorprenderse como la primera vez cuando encontró al gato plácidamente echado en una esterilla de la sala de estar.

—¡Será posible! ¿Cómo entraste esta vez? —le preguntó irracionalmente.

El gato respondió con un soñoliento guiñar y acto seguido empezó a vibrar como un motorcito.

Lorenzo Rologio era un científico irascible y brillante a partes iguales. Su talento como científico lo debía, según creía todo el mundo, a su carácter misántropo. Era cierto que detestaba la compañía. Le quitaba espacio para pensar. Pero en su opinión, lo que más favorecía sus dotes científicas era

otra cosa: su capacidad de resolver de forma implacable cualquier problema que se le plantara delante.

Aquel gato tan indolente e invasor era, al parecer, un nuevo problema en la ecuación de su vida ordinaria, así que lo resolvería sin falta para recuperar su equilibrio.

Lo sacó cinco veces más de su casa en el correr del día. Pero el gato siempre encontraba una forma de volver a entrar y aparecerse como si tal cosa en cualquier parte de la casa. Incluso llegó a pedir comida a la hora en que el doctor se sentaba a comer su almuerzo. Para la quinta vez, Lorenzo descubrió que el gato no entraba por ninguna ventana, sino que aprovechaba un respiradero roto que había en la pared de su garaje.

La solución fue taponar el pasadizo con un pedazo de madera. Entonces todo lo que pudo hacer el pobre animal fue golpear y arañar la tabla sin ningún éxito desde afuera. Lorenzo se sintió satisfecho de haberse librado de él. Pero, ¿provocaría ese sencillo obstáculo que el invasor se fuera para siempre de su vida? En absoluto.

El gato permaneció echado en la moldura exterior de la ventana de la cocina todo el tiempo, intercalando ese lugar con un punto soleado que había en el terraplén del patio. Pero nunca se fue.

—Qué gato bobo —decía Lorenzo una mañana de niebla mientras tomaba café en la cocina; el gato lo miraba a través de la ventana y eventualmente deslizaba sus patas sobre el cristal, como si quisiera hacerlo desaparecer.

Parece un embrujo lo mucho que insiste en entrar, pensó. Luego, como su pensamiento no era científico, se corrigió. *Ese gato parece vinculado a esta casa como si se tratara de un entrelazamiento cuántico*. Aquel raro chiste lo hizo sentir de buen humor. Tan buen humor que abrió la ventana y le permitió entrar, diciéndose a sí mismo que lo sacaría en lo que el frío glacial del exterior se disipara.

El gato se sacudió el rocío de su pelaje blanquinegro y se echó cerca de la estufa. Había perdido peso desde el día en que se había presentado por primera vez.

Lorenzo se sintió en extremo generoso aquella vez, porque abrió una lata de atún de la alacena y se la sirvió en un platito. El gato empezó a comer con voracidad. Al finalizar su comida, soltó un maullido de satisfacción.

Desde ese momento, el felino se quedó adentro, ocupando la esterilla de su elección, que el doctor le había acercado al hogar para que

aprovechara el calor de las últimas brasas.

—Te podés quedar un tiempo más —le dijo una noche, mientras le ponía en un cuenco un pienso que le había comprado—. Pero no te voy a poner nombre ni ninguna de esas cosas. Sos un gato demasiado viejo para que te pongan un nombre.

El gato levantaba la cabeza de vez en cuando para mirarlo y movía la cola en zigzag. Parecía como si realmente le estuviera prestando atención.

—Ustedes son famosos en la ciencia, ¿sabías? Muchos científicos han tenido gatos. Existe hasta un experimento mental muy famoso: *el gato de Schrödinger*. Un gato que está vivo y muerto a la vez… Se usa para explicar…

El doctor se interrumpió porque se había quedado dormido en el sillón. Era muy tarde y su trabajo lo había extenuado. Cuando se despertó una hora después, sintiendo un peso extraño en el regazo, se encontró con que el gato dormía sobre él muy a gusto. Por primera vez en mucho tiempo no lamentó que alguien invadiera su soledad. Desde ese momento supo que nunca se separaría de él.

Es curioso lo rápido que uno puede encariñarse con un gato, incluso alguien tan apático como el doctor. En muy breve tiempo, llegó al punto en que ya contaba con su asistencia en cada momento de su vida diaria, hasta en sus investigaciones en el pequeño laboratorio que tenía en la casa. Había dispuesto una silla para él, que siempre ocupaba, junto a su escritorio. Descubrió que acariciar su pelaje era estimulante para desarrollar las ideas de la ciencia. Y, quizás debido a esto además de su talento, fue que avanzó como nunca antes en su trabajo durante aquellos meses de placidez.

El gato todavía estaba cuando el doctor desentrañó el secreto de su objeto de estudio y gritó un victorioso EUREKA al cielo de abril. Pero desde ese momento, cumbre de su carrera como científico, las cosas empezaron a decaer.

Al doctor Lorenzo empezó a preocuparle solo una cosa: la salud notablemente deteriorada del gato. Se movía poco, renqueaba, a veces tenía una respiración asmática y ya no toleraba las mismas cantidades de alimento.

Esta inevitable desgracia delegó a segundo plano la importancia de los homenajes y entrevistas que la comunidad científica internacional planeaba para el doctor. Solo una conferencia fue concedida, cuando el gato tuvo un buen día. En ella, el doctor fue entrevistado en su laboratorio y en la foto del artículo podía vérselo a él y al gato posando frente a la

cámara, como si el felino fuera un colega de trabajo.

Pero esa fue la última aparición pública del doctor. Sus energías se canalizaron entonces en la siguiente idea: aplicar todos sus conocimientos para evitar la muerte de su compañero. Se juró que lo haría y lo enfrentó con uñas y dientes como estaba acostumbrado a hacer.

Trabajó día y noche en el laboratorio. Se esforzó como en los mejores años de su carrera. Pero pronto supo la verdad amarga: el problema planteado por la muerte es implacable y una actitud férrea no basta para resolverlo.

Mayo se lo llevó.

Aquel día gris el doctor tomó la pala, buscó el punto soleado del patio en donde el gato solía retozar e hizo un pozo tan hondo como para enterrar en él toda su tristeza.

El tiempo pasó y el doctor no volvió a ser el mismo. Entró en un estado de abatimiento en el que nada parecía alegrarle. Sintió incluso un inverosímil rencor hacia su ciencia, al punto de que abandonó todo lo que había conseguido. La universidad lo jubiló por adelantado y le dio todas las condecoraciones que merecía un científico de su talla. Pero para él todo se había acabado.

Por momentos rebajaba la cuestión, y se decía que no podía sentirse tan mal por un viejo gato que lo había acompañado en su lapso final. Por lo tanto, podía seguir con su vida tal y como había sido antes de aceptar a esa alimaña en su casa. No todo estaba acabado. Podía retomar su ciencia y hasta volver a la universidad para dar clases ad honorem. Pero cuando lo intentaba, la ciencia sencillamente no progresaba y la pedagogía no lo entusiasmaba entonces.

Recibió un consejo por parte de uno de sus excolegas de la universidad:

—¿Por qué no adoptar otro gato?

—¡Pero yo nunca quise uno! —respondía el doctor, sin convencer a nadie.

Un día, mientras deambulaba cerca de un parque al salir con las compras, pasó junto a un terreno baldío y en él vio a un gato. A diferencia del primero, este era joven y huraño, ni la mitad de robusto, aunque su pelaje era similar. Quizás fuera solo por esta simple coincidencia, pero el doctor se encaprichó con aquel gato y dijo entonces que lo adoptaría. A cualquier costo, lo adoptaría.

Y vaya que le costó. El gato era escurridizo y no dejaba que nadie se acercara a menos de dos metros. Pero el doctor fue al terreno baldío cada

día para convencerlo, puntual como un reloj. Cada día le llevó manjares como sardinas y atún. Para el gato, el doctor era una especie de invasor en su propiedad. Pero está comprobado que uno puede aceptar a otro si pasa el tiempo suficiente con él. Lo mismo es válido para los gatos.

Una tarde, cuando el gatito ya se dejaba acariciar por el doctor y hasta jugaba con la ramita que este le presentaba, decidió llevárselo a casa. Se adaptó rápidamente.

Al doctor le fue de gran ayuda en su duelo la presencia de aquel pequeño ser. Con el tiempo, se hizo realidad su idea de retomar sus investigaciones y dar clases eméritas en la universidad. Incluso su carácter se reblandeció, y se transformó en un sabio amable e inspirador para todos los estudiantes que se agolpaban a las puertas de los salones para recibir sus enseñanzas. Nuevamente el problema había sido resuelto: en su ecuación faltaba un gato.

El tiempo transcurrió trayendo consigo sueños, promesas y mayores avances científicos. El doctor se enfrascaba en nuevos proyectos, al tiempo que observaba con nostálgica satisfacción que el gatito aprendía los mismos trucos que su predecesor. Lorenzo reforzó estas tendencias, enseñándole por ejemplo a entrar siempre que quisiera por el respiradero roto del garaje. Pero la predilección por el punto soleado del terraplén, donde descansaban los restos mortales del primer gato, fue un descubrimiento personalísimo del sucesor.

Una vez cada tanto, cuando el doctor miraba por la ventana y veía al gato ahí retozando, pensaba que en aquel punto se reunían los dos seres que más había amado. Ahí estaban, en un mismo lugar, el vivo y el muerto. El gato de Schrödinger, se decía sacándose a sí mismo una sonrisa.

Diez años habían pasado, y las canas del doctor encontraban un equivalente en el desigual pelaje de su compañero gatuno. No fue hasta entonces que notó hasta qué punto las cosas habían cambiado siguiendo su curso natural. El gato dormía períodos más largos, lucía más cansado que de costumbre y a veces amanecía lleno de legañas. Como cabía esperarse de un carácter tan premonitor como el del doctor, esta vez no dejó que el tiempo se le echara encima.

Su dispositivo rejuvenecedor había quedado inconcluso en el pasado, pero ahora con sus últimos descubrimientos podría terminarlo. Creía haber encontrado la fórmula, aplicando las propiedades del positrón para incidir sobre el tiempo lineal. Así que desde ese momento se pasó día y noche en el laboratorio, revisando, ampliando y creando.

Fue una de esas noches de mucho trabajo que el profesor se quedó dormido sobre los papeles dispersos en su escritorio. Lo despertó el estallido de un trueno que se anunció con una gran liberación de rayos

gamma en el laboratorio.

Con el corazón desbocado de estupor, buscó en todos lados la fuente de aquel ruido. No lo descubrió hasta que fue incapaz de encontrar a su gato al día siguiente. Al bajar al laboratorio se percató de que, producto de un descuido, su máquina rejuvenecedora estaba activa. Los medidores de la computadora indicaban un pico de energía precisamente a la hora en que el estruendo lo había despertado la noche previa.

¿Lo había matado? ¿Sencillamente se había desintegrado? El doctor no pudo menos que echarse a llorar, mientras desarmaba y rompía piezas de la máquina criminal que se lo había llevado. *Un error de cálculo, se decía. Lo he matado. ¡Y ni siquiera le puse un nombre!*, pensaba absurdamente.

Después, limpiándose con un pañuelo, se le cruzó por la cabeza un pensamiento nostálgico. *Pero como aquel otro gato*, se dijo, *este ya era demasiado viejo para ponerle un nombre*.

Entonces el doctor lo entendió. O trató de entenderlo, porque todavía no sabía el alcance ni todos los efectos de lo que acababa de pasar. Pero pensó en la máquina, pensó en el pelaje extrañamente similar, recordó el ejercicio del gato de Schrödinger que tenía un aspecto imprevisible.

Días después, recuperó la hoja del diario en donde le habían hecho la entrevista aquella vez. Enfrentó la hoja con una foto reciente que había tomado del gato más joven y ya no hubo dudas. Eran exactamente el mismo. Había adoptado un gato del futuro.

Entonces, ¿había inventado por accidente la máquina del tiempo?

No, lo hicieron juntos. Él y su compañero felino la habían inventado.

No sabía si reir o llorar ante esta idea.

Finalmente, él rio.